



DOSSIER

España y la I Guerra Mundial

Cien años después

**“AFECTOS CAPRICHOSOS”:
TRADICIONALISMO Y
GERMANOFILIA EN ESPAÑA
DURANTE LA GRAN GUERRA**

**“Fickle affections”:
Traditionalism and Germanophilia in
Spain during the Great War**

Gregorio Alonso

University of Leeds

g.alonso@leed.ac.uk

Recibido: 31/072016 - Aceptado: 22/11/2016

Cómo citar este artículo/Citation:

Gregorio ALONSO (2017), ““Afectos caprichosos”:
Tradicionalismo y germanofilia en España durante la Gran
Guerra”, *Hispania Nova*, 15, págs. 394-415,

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2017.3495>

Copyright: © HISPANIA NOVA es una revista debidamente registrada, con ISSN 1138-7319 y Depósito Legal M 9472-1998. Los textos publicados en esta revista están –si no se indica lo contrario– bajo una licencia [Reconocimiento-Sin obras derivadas 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es) de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos y comunicarlos públicamente siempre que cite su autor y la revista y la institución que los publica y no haga con ellos obras derivadas. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/3.0/es/deed.es>

Resumen: Este texto analiza el impacto de la Primera Guerra Mundial en el discurso y los proyectos de los sectores tradicionalistas en España. En concreto, se examinan las simpatías germanófilas de la figura de Juan Vázquez de Mella y se contrastan con las iniciativas vaticanas de obtener la paz. Asimismo, se hace un somero estudio de las tensiones generadas por el conflicto armado europeo en la esfera pública católica. A través de la lectura detallada de los artículos de prensa, los discursos y las entrevistas que se le realizaron, el artículo realiza también indaga sobre la visión de la Gran Guerra del ideólogo legitimista y de sus principales aportaciones al pensamiento tradicionalista y autoritario español.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial; germanofilia; tradicionalismo; catolicismo; Juan Vázquez de Mella.

Abstract: This text analyses the impact of the First World War on the discourse and political projects held by the Spanish Traditionalist sectors. It examines in detail the Germanophile leanings of Juan Vázquez de Mella and they are contrasted with the efforts in favour of peace carried out by the Vatican authorities. In addition to that, a brief account of the tensions generated in the Catholic public sphere by the European armed conflict. Finally, through the close reading of press articles, public talks and interviews, the article also inquires into the views on the Great War and the main contributions by the ideologue Vázquez de Mella to the Spanish traditionalist and authoritarian thought.

Keywords: First World War; Germanophilia; Traditionalism; Catholicism; Juan Vázquez de Mella.

"AFECTOS CAPRICHOSOS": TRADICIONALISMO Y GERMANOFILIA EN ESPAÑA DURANTE LA GRAN GUERRA

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo ofrece una síntesis de los debates ideológicos y las estrategias de la intelectualidad tradicionalista en torno a la Gran Guerra. En primer lugar, se examina brevemente la germanofilia extendida entre amplios círculos católicos en España, la penetración de los mismos a cargo de agentes alemanes y franceses, y sus consecuencias políticas inmediatas. A continuación, se estudian las líneas maestras de la diplomacia vaticana y de la postura oficial de la Iglesia católica ante la contienda. La última y más extensa sección del artículo se centra en la figura de Juan Vázquez de Mella y Fanjul (1861-1928), su pensamiento político y el impacto de la Primera Guerra Mundial en el llamado "cisma mellista", que desgarró el movimiento reaccionario español entre jaimistas y tradicionalistas. Con ello se pretende realizar una contribución al estudio de la metamorfosis de las doctrinas y de la acción contrarrevolucionarias españolas en los momentos previos a la irrupción del fascismo.

2. LOS CONTORNOS CATÓLICOS DE LA GERMANOFILIA

Con estallido de la Gran Guerra en julio de 1914, los pensadores y políticos católicos y tradicionalistas se vieron en la tesitura de tomar partido por alguno de los dos bandos enfrentados. La guerra entre las naciones imperiales europeas estimuló la imaginación política y el debate público españoles en el marco de estricta neutralidad decretada por el gobierno de Eduardo Dato el 30 de julio. La notable celeridad con la que actuó el gabinete conservador ha sido recientemente subrayada por el destacado especialista Maximiliano Fuentes Codera.¹ El rey Alfonso XIII, posiblemente aliviado por la decisión, ordenó publicar una nota en la *Gaceta de Madrid* el 7 de agosto, que rápidamente se reprodujo en la mayor parte de los periódicos de tirada nacional.

Los trabajos de Maximiliano Fuentes y Francisco Romero Salvadó, entre otros, coinciden en señalar que las clases dirigentes en España se escoraron hacia las potencias centrales desde el inicio de

¹ Maximiliano FUENTES CODERA, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*. Madrid, Akal, 2014, p. 39.

la guerra.² Asimismo, la mayoría de los periódicos del país mostraron sus simpatías por las naciones lideradas por Alemania, que se mostraba garante del orden tradicional, la monarquía y las jerarquías heredadas. Tal fue el caso de *ABC*, *La Acción*, *El Correo Español*, *El Debate*, *El Día*, *El Mundo*, *Nueva España* y *La Tribuna*.³ El bando encabezado por Francia e Inglaterra, por su parte, simbolizaba todo aquello que aborrecían los sectores más intransigentes del catolicismo patrio: protestantismo, secularización e incluso gobierno republicano. Pese a todo, la unidad de pensamiento y de afectos católicos ante la guerra, no dejaba de ser una quimera a la hora de enfrentarse a las consecuencias prácticas de la política exterior en la vida nacional, como se verá más adelante.

El lugar de España en el orden global que era el de una potencia europea de segundo rango desde hacía décadas. No en vano, desde el Desastre de 1898 y con la excepción de ciertos acuerdos de menor calado con Francia y Gran Bretaña en torno a los enclaves marroquíes controlados por España, los gobiernos de la Restauración se vieron obligados a actuar con gran cautela en política internacional. Una vez desatado el conflicto en 1914, la localización geográfica de la península ibérica y esa forzosa política de retraimiento internacional desaconsejaban la participación en la guerra. Peor aún era la posibilidad de integrarse en el bando liderado por Alemania, como bien hubieran deseado la mayor parte de las jerarquías eclesiásticas y militares, así como los sectores más reaccionarios del país.

Como en el caso de las clases dominantes europeas, el estallido de la guerra sorprendió a las elites dirigentes en España y puso en evidencia su absoluta falta de preparación para afrontarla. Ahora bien, la situación entre 1914 y 1919 distó de ser estática y las consecuencias del conflicto se hicieron sentir con crudeza durante su duración. Por una parte, la declarada neutralidad oficial ante la guerra tuvo un carácter ambiguo, como han apuntado Fernando García Sanz, Eduardo González Calleja y Paul Aubert.⁴ Y es que, como también afirmó rotundamente Manuel Azaña en un discurso en el Ateneo de Madrid citado a menudo en la literatura especializada, los españoles: "no teníamos preparación diplomática ni militar, no teníamos política europea; no teníamos tampoco preparación moral, no conocíamos los datos del problema, y carecíamos de la cultura interna necesaria para improvisar una apreciación de los valores morales que están en litigio".⁵

² Maximiliano FUENTES CODERA, "Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)", *AYER*, vol. 91 (3), 2013, pp. 63-92; id. "Más allá de aliadófilos y germanófilos: trayectorias europeístas y pacifistas durante la Gran Guerra en España", *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2015 (1), pp. 131-148; y Francisco ROMERO SALVADÒ, 'Fatal Neutrality': Pragmatism or Capitulation? Spain's foreign policy during the Great War', *European History Quarterly*, vol. 33 (3), 2003, pp. 291-315.

³ Aurora GARCÍA GONZÁLEZ, "Una nueva sección en *El Debate*, tras la Guerra Mundial", *Historia y Comunicación Social*, vol. 19, 2014, pp. 93-106, p. 95.

⁴ Fernando GARCÍA SANZ, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Madrid, Galaxia-Gutenberg, 2014; y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Paul AUBERT, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial*. Madrid, Alianza, 2014.

⁵ Manuel AZAÑA, "Los motivos de la germanofilia. Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid (Sección de Ciencias Históricas) el 25 de mayo de 1917, al discutirse la actitud de España ante la guerra", disponible en http://www.ateneodemadrid.com/biblioteca_digital/folletos/Discursos-002.pdf

Paradójicamente, la guerra se vivió con tal pasión en España que se llegó a desatar una verdadera "guerra civil de palabras", por usar la acertada expresión de Gerald H. Meaker.⁶ Una guerra que encontró la munición necesaria en diversos arsenales, incluyendo armamento ideológico exportado por las naciones beligerantes. El tono del debate se recrudesció con la creación de la revista *La Germania. Revista de confraternidad hispano-alemana* en Barcelona en marzo de 1915. El hecho de que su director, el escritor Luis Almerich, afirmara que el objetivo de la publicación era que España conservara su neutralidad dice mucho de la conducta adoptada por las autoridades españolas y alemanas.⁷ El proyecto alemán de conseguir que España mantuviera su neutralidad se materializó inmediatamente con la citada declaración del gobierno de Dato. Así, en agosto de 1914 August Hofer, agente alemán vinculado al gobierno del Káiser, fundó en España el *Deutscher Nachrichtenden für Spanien* (Servicio Alemán de Información para España) con el objetivo de difundir la versión oficial alemana del conflicto e influir en la opinión pública española y latinoamericana.⁸ El Servicio operó ampliamente en la prensa escrita y junto a *La Germania*, Hofer financió y supervisó el diario la *Correspondencia Alemana* y el semanario ilustrado *La Neutralidad*.⁹ Junto a Hofer, el agente privado más influyente con el que contó Alemania fue Wilhelm Rautzenberg, quien ofreció a más de 178 publicaciones españolas sus análisis de fondo del devenir de la contienda con el mismo objetivo que Hofer.¹⁰ Pese a una cierta falta de coordinación propagandística, señalada en su día por Ron Carden, y a las tensiones generadas por el hundimiento de barcos españoles a cargo de submarinos alemanes, España mantuvo su no beligerancia oficial hasta el final de la guerra.¹¹

Dicha neutralidad, de hecho, debió proporcionar cierta paz de espíritu a los católicos españoles. El nuevo Papa, Benedicto XV, hizo un llamamiento general a la paz mediante su exhortación apostólica *Ubi Primum* el 8 de septiembre del año 1914. El pontífice, canonista de formación, se mostraba confiado de contar con el apoyo celestial para salvaguardar el bienestar del rebaño que le había sido confiado pocos meses antes. Benedicto XV declaraba su "horror y amargura al constatar que Europa era devastada a hierro y fuego, con la sangre de los cristianos derramada por toda su extensión". Y por ello

⁶ Gerald H. MEAKER "A civil war of words: The ideological impact of the First World War on Spain, 1914-18" en Hans A. SCHMITT (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution*. Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 66-87; y ROMERO SALVADÒ, ib. p. 296.

⁷ FUERTES CORDERA, *España en la Primera Guerra Mundial*, pp. 104-106.

⁸ Para un estudio de caso puede verse Francisco J. PONCE MARRERO, "Prensa y germanofilia en Las Palmas durante la Gran Guerra", *Anuario de Estudios Atlánticos*, 38 (1992), pp. 581-602.

⁹ Anne ROSENBUSH, "Por la patria y la verdad. Germany's effort to maintain Spain's neutrality during the First World War" en Maria Fernanda ROLLO, Ana Paula PIRES y Nôemia Malva NOVAIS, *War and Propaganda in the XXth Century*, Lisboa, IHC-CEIS20, 2013, pp. 19-24.

¹⁰ Ron CARDEN, *German policy toward neutral Spain, 1914-1918*. Nueva York y Londres. Garland, 1987, p. 63.

¹¹ Análisis de los debates sobre la política de neutralidad bajo el gobierno del conde de Romanones desde diciembre de 1915 a abril de 1917 en Javier MORENO LUZÓN, "Risky neutrality: Spain an the Great War", poencia inédita presentada en el congreso *From the Balkans to the World: Going to War, 1914-1918. A Local and Global Perspective*. CISPH/CISH/Mission du Centenaire 14-18/UMR Irice. UNESCO (París), 13-15 de noviembre 2014; Juan C. PEREIRA CASTAÑARES, "España y la primera guerra mundial: una neutralidad impotente" en Yolanda GAMARRA CHOPO y Carlos R. FERNÁNDEZ LIESA, *Los orígenes del Derecho internacional contemporáneo. Estudios conmemorativos del Centenario de la Primera. Guerra Mundial*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp.275-288; y Francisco J. PONCE MARRERO, "La política exterior española de 1907 a 1920: entre el regeneracionismo de intenciones y la neutralidad condicionada", *Historia Contemporánea*, 34 (2007), 93-116.

se comprometía a "hacer todo lo que estuviera en su poder y no reparar en medios para acelerar el fin de aquella calamidad". Al mismo tiempo, el pontífice ordenaba a los ministros de Dios a orar en privado y suplicar públicamente para que el Señor "alejara el látigo de la ira con el que [impartía] justicia por los pecados cometidos por los pueblos". Finalmente, la exhortación papal invitaba a los mandatarios de todos los países beligerantes que superaran sus desacuerdos "en interés de la humanidad" y "la convivencia civil de los hombres".¹² Pese al llamamiento del pontífice, y a que la guerra también afectaba a los musulmanes del imperio otomano, el conflicto se prolongaría durante más de cuatro años.¹³

El orbe católico se agitaba mostrando abiertamente sus propias paradojas y contradicciones internas. Fuera por conveniencia o por fidelidad a sus principios, los principales creadores de opinión y los medios escritos cerraron filas en torno al gobierno y al Papa. Ahora bien, España siguió siendo un terreno de contienda propagandística donde las potencias beligerantes buscaban apoyos tácitos y explícitos. Así, los creyentes también acabarían recibiendo influencia religiosa de las potencias aliadas. Así, el cardenal e historiador Alfred Baudrillart se convirtió en la contraparte francesa y católica de Hofer y Rautzenberg. El impacto de la obra de Baudrillart fue más bien discreto y su presencia se limitó a dos visitas a España durante la Gran Guerra. Según ha expuesto Santiago Casas Rabasa, el Comité Católico de Propaganda Francesa surgió con el objetivo explícito de contrarrestar y aminorar los efectos de la influencia alemana en la opinión pública europea.¹⁴ Para empezar, la propia Francia se debatía internamente en torno a la idoneidad de transmitir internacionalmente una versión católica de sí misma y dar de lado su autoimagen de país laico y republicano. Una vez superadas sus propias dudas, el gabinete francés decidió actuar bastante tarde en comparación con Alemania y sólo sería en 1916 cuando el Comité se puso en marcha en suelo español. El mes de abril fue particularmente agitado para los defensores católicos de la causa aliada en España. El día 16 Baudrillart comenzaría una gira que se prolongó durante un mes y que le llevó a las principales capitales de provincias dando conferencias y manteniendo reuniones con autoridades eclesiásticas y civiles. Ese mismo mes, el empresario editorial y propagandista católico Francisque Gay abrió una imprenta en Barcelona encargada de publicar la *Revista Quincenal*, que se nutría fundamentalmente de artículos traducidos del *Bulletin de Propagande Française*.¹⁵ Por último, en el mes de mayo, un nutrido grupo de intelectuales católicos laicos también atravesaría los Pirineos para lograr acrecentar las adhesiones a la causa francesa en España. Entre ellos destacaban Étienne Lamy, Henri Bergson y Edmond Perrier quienes, además de completar su propia expedición por España, fueron también recibidos y escuchados con interés en el Ateneo de Madrid.¹⁶

¹² BENEDICTO XV, *Ubi Primum*, 8 de diciembre 1914. Disponible en http://w2.vatican.va/content/benedict-xv/it/apost_exhortations/documents/hf_ben-xv_exh_19140908_ubi-primum.html

¹³ Sobre la postura de la Santa Sede ante la Primera Guerra Mundial pueden verse John F. POLLARD, *The Unknown Pope: Benedict XV (1914-1922) and the pursuit of peace*, Londres, G. Chapman, 1999; id. "Papal diplomacy and the Great War", *New Blackfriars*, vol. 96, n. 1062, 2015; y Antonio SCOTTÀ, *Papa Benedetto XV: la Chiesa, la Grande Guerra, la pace (1914-1922)*. Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2009;

¹⁴ Santiago CASAS RABASA, "El Comité Católico de Propaganda Francesa en España durante la Gran Guerra. Una puesta al día", *Hispania Sacra*, LXV, Extra I, (2013), pp. 335-367, p. 342.

¹⁵ Jean-Marc DELAUNAY, "La grande guerre ou la clé du retour". *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 19, 1983, pp. 347- 368. Disponible en http://www.persee.fr/docAsPDF/casa_0076-230x_1983_num_19_1_2399.pdf

¹⁶ Víctor OLMOS, *Ágora de la Libertad: Historia del Ateneo de Madrid. Tomo I (1820-1923)*, Madrid, La esfera de los Libros, 2015.

Los debates sobre la Gran Guerra en el seno del catolicismo español reflejaban los temores y los recelos provocados por la Semana Trágica barcelonesa de 1909. Asimismo, las medidas secularizadoras del gobierno Canalejas habían levantado ampollas, sobre todo la denominada "Ley del Candado" que limitaba la implantación de nuevas órdenes religiosas en España en cumplimiento estricto del concordato con la Santa Sede de 1851.¹⁷ El embate de las masas populares y de los gobiernos liberales ya ofrecían suficientes motivos de preocupación a la jerarquía eclesial que tuvo un efecto determinante en el modo en que se interpretaron los vaivenes de la política exterior.

En un reciente artículo Alfonso Botti ha examinado la compleja red de intereses y pulsiones ideológicas que se puso en marcha en el mundo católico español en el verano de 1914. Botti analiza la prensa eclesiástica centrándose fundamentalmente en las cabeceras de mayor tirada como lo fueron *El Debate*, *Razón y Fe*, y *La Ciencia Tomista*. Sus valiosas conclusiones ponen de manifiesto que la mayor parte de la opinión católica impresa coincidía en dos cuestiones. En primer lugar, la guerra iniciada en Sarajevo había sido consecuencia de los procesos de modernización social y secularización que habían caracterizado los "años del vértigo" en Occidente, por utilizar la expresión acuñada por el historiador alemán Philipp Blom.¹⁸ El profundo cuestionamiento de la moral tradicional asentada sobre bases confesionales, el acelerado avance de la ciencia y de la tecnología, la expansión y diversificación de la prensa escrita, la subversión de las relaciones entre los sexos, la llamada "apostasía de las masas", y el asalto final a la enseñanza tradicional habían dado al traste con la civilización y la estabilidad europeas. La guerra era descrita como la fase superior del barbarismo que corrompía desde años atrás la moral, las costumbres y la mentalidad occidentales. Despojados de sus anclajes religiosos, los estados secularizados entraban necesariamente en un vórtice de degeneración que les avocaba a destruirse mutuamente sí para encontrar su lugar en el mundo.

La segunda cuestión en torno a la que se construyó el consenso católico sobre la guerra sería la mayor simpatía que despertaban las potencias centrales, como resultado de una especie de proyección de la llamada "cuestión religiosa" a la esfera internacional.¹⁹ La germanofilia aparecía como la única opción frente a las disolventes tendencias que representaban la III República francesa o la Inglaterra del liberal Lloyd George. Pese a que las aludidas transformaciones socioculturales se originaron en parte en los países de habla alemana y, sobre todo, a pesar de la imborrable huella de la *Kulturkampf* contra el catolicismo en Prusia y Alemania, una parte del clero y de los católicos españoles se inclinaba por la entrada en el conflicto con el bando alemán. Esa opción ideológica, sin embargo, no estaba libre de paradojas. Alemania, por un lado, su ciencia y su cultura eran tan respetadas en círculos católicos como los valores de disciplina y organicismo social defendidos por el Káiser. Este fue sobre todo el caso de los miembros de la Compañía de Jesús, posiblemente por la familiaridad que tenían tanto con la lengua como con la teología germanas adquirida en sus viajes de estudio. Sin embargo, por otro lado, aún

¹⁷ Manuel SUÁREZ CORTINA, *Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España Contemporánea, 1808-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 2014, pp. 177-186.

¹⁸ Philipp BLOM, *The Vertigo Years". Change and culture in the West, 1900-1914*. Londres, Weidenfeld and Nicholson, 2008.

¹⁹ Alfonso BOTTI, "Chiesa e cattolici spagnoli di frote alla Grande guerra: un sondaggio", *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 2015 (1), pp. 111-130, p.113.

estaban frescos los recuerdos del anti-catolicismo imperante en el discurso oficial de la Alemania unificada.²⁰

Con todo, el diario integrista *El Siglo Futuro* mostró su clara predilección por las potencias centrales desde el inicio del conflicto. Ante el rápido avance alemán en agosto de 1914 en el territorio francés, el día 30 el periódico titulaba exultante: "Los alemanes a 102 kilómetros de París". El tono entusiasta de la información ofrecida quedaba patente en declaraciones tales como "el cacareado avance ruso en Alemania es una completa fantasmagoría para sostener el espíritu francés ya completamente alicaído" o "existen multitud de apuestas entre jefes alemanes y austríacos sobre si llegarán primero los alemanes a París o los austríacos a Varsovia".²¹

No obstante, fue *El Debate* dirigido por Ángel Herrera Oria y órgano de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas, el diario de orientación católica moderada que de forma más clara se vinculó a las potencias centrales. Sus críticas acervas a la supuesta inacción del declarado aliadófilo, y desde abril de 1915 presidente del consejo de ministros, Conde de Romanones alcanzaron un tono especialmente duro el 1 de enero de 1917. Con la intervención en la guerra por parte de los Estados Unidos siendo debatida en el Senado y la Cámara de Representantes, el presidente había hecho un llamamiento a las naciones aliadas para aunar esfuerzos a favor de la resolución pacífica del conflicto. La reacción del Ministro de Estado Amalio Gimeno y Cabañas, a juicio del editorial de *El Debate*, no estuvo a la altura de "la gloriosísima historia de la raza española", que "no [consentía] ciertas postergaciones". Para los editorialistas del periódico, que alardeaban de un patriotismo quizás un tanto miope, "nuestra patria es la nación europea que más pesa entre las neutrales". Las críticas a la nota de Gimeno se centraban en condenar el haber seguido al gobierno de los Estados Unidos en su propuesta de crear una "Liga neutral que aminore los riesgos y repercusiones de la guerra". Aquella sugerencia era motejada como una "inclasificable torpeza" de "inoportunidad evidente" y "cuya inconsciencia tal vez se estime ofensiva". ¿Ofensiva para quién?, es legítimo preguntarse. Y, consciente de ello, el redactor se apresuraba a declarar a renglón seguido que "el documento [parecía] un acto de hostilidad a uno de los grupos contendientes, y de simpatía hacia el otro; y en este sentido lo interpretan los periódicos aliadófilos españoles y la mayoría de los diarios franceses". Existía, al mismo tiempo, un motivo más doloroso por el que aquel documento les parecía fuera de lugar a los católicos sociales de Herrera. Y es que, movido por su ferviente pasión religiosa, añadía sin ambages: "España, Estado católico y nación católica y europea, debió de aprovechar alguna de las excitaciones a la paz del Sumo Pontífice para hacer lo que al cabo ha hecho la república yanqui". Y para cerrar el texto con una nueva nota de patriotismo y de prudente toma de distancia aparente con respecto a su admirada Alemania, el editorial reclamaba un lugar de preeminencia en la futura mesa de negociaciones posbélica: "nuestra, en este caso, dista tanto de ser germanófila, que si resultase cierto que los Imperios centrales estiman que sólo los beligerantes han de intervenir en el Congreso o ajuste de la paz, nos tendrían enfrente".²² Por mucho que los redactores de *El Debate* pensaran que España debía de tener un papel importante en las negociaciones, el conde de Romanones viajaría a París el 20 de diciembre del año siguiente para

²⁰ Christopher CLARK y Wolfram KAISER, *Culture Wars. Secular-Catholic Conflict in Nineteenth-Century Europe*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003; y Michael B. GROSS, *The War against Catholicism. Liberalism and the Anti-Catholic imagination in Germany*, Ann Arbor MI, University of Michigan Press, 2004.

²¹ "La verdadera situación", *El Siglo Futuro. Diario católico*, 30-VIII-1914.

²² "La nota a Wilson. Tarde y mal", *El Debate*, 1-I-1917.

reunirse con el presidente estadounidense Wilson, el francés George Clemenceau y el rey italiano Víctor Manuel III sin lograr conseguir sus objetivos de incorporación de España a la mesa de la paz en Versalles de 1919.²³

Por su parte, tampoco Benedicto XV consideró oportuno dirigirse a ningún país neutral con su carta del 1 de agosto de 1917. En su nuevo intento por restablecer las relaciones amistosas entre las naciones contendientes, el Papa se dirigió a los jefes de gobierno de las naciones beligerantes con un plan de paz. El primer paso era el desarme de los ejércitos y el establecimiento de un sistema obligatorio de arbitraje que pudiese recurrir a la imposición de sanciones por incumplimiento. La libertad de navegación debía verse restaurada y los daños y gastos generados durante el conflicto se habrían de condonar mutuamente. En cuanto a los terrenos ocupados, su evacuación debía de ser inmediata, emplazando a las tropas alemanas a salir inmediatamente del territorio belga. Por su parte, los aliados quedaban emplazados a la resolución pacífica de sus conflictos territoriales y a respetar las aspiraciones de autodeterminación de las regiones limítrofes entre Italia y Austria o Francia y Alemania. También en este sentido la negociación de la situación en Armenia, los Balcanes o Polonia debía ser multilateral y pacíficamente acordada.²⁴ Las sugerencias del Papa tendrían un impacto innegable en el plan de paz que diseñó al final de la guerra el presidente Woodrow Wilson en sus conocidos *Catorce Puntos*. Sus propuestas, sin embargo, encontraron en España escaso eco incluso entre los más fanatizados defensores de la alianza del altar y el trono, como fueron los integristas y carlistas de toda condición, ya que su germanofilia solo era superada por su anglofobia.

3. JUAN VÁZQUEZ DE MELLA: EL TRADICIONALISMO FRENTE A LA GRAN GUERRA

Los sectores más radicales del tradicionalismo español vieron en la Guerra Mundial una oportunidad para recuperar cierta unidad ideológica y operativa. El líder del sector integrista, Juan Vázquez de Mella, se había convertido en 1909 en el secretario político particular del nuevo rey-pretendiente, Jaime de Borbón y Borbón y Parma. La ruptura integrista de 1888, liderada por Cándido Nocedal, todavía se recordaba con dolor en las filas de la extrema derecha española.²⁵ Igualmente doloroso era el recuerdo de las intenciones violentas de la "Octubrada" de 1900 que condujeron a un enorme fiasco para el movimiento, a la proliferación del número de desafectos y al surgimiento de mayores divisiones internas.²⁶

En la primera década del siglo XX, sin embargo, la elocuencia, la capacidad organizadora y la habilidad parlamentaria de Juan Vázquez de Mella proporcionó ciertas esperanzas a las bases carlistas. De hecho, Mella ha sido juzgado en la literatura especializada como "probablemente el mejor

²³ Según informó el diario *El Sol*, el jefe del gobierno liberal afirmó "España no va a quedar rezagada de la política internacional. Ese es el único fin de mi viaje". A juzgar por los resultados obtenidos, su periplo resultó fallido. "Romanones después de su entrevista con Clemenceau", *El Sol*, 21-XII-1918.

²⁴ La carta de Benedicto XV está disponible en italiano en https://w2.vatican.va/content/benedict-xv/it/letters/1917/documents/hf_ben-xv_let_19170801_popoli-belligeranti.html

²⁵ Jordi CANAL, "Las "muertes" y las "resurrecciones" del carlismo. Reflexiones sobre la escisión integrista de 1888", *AYER*, 38 (2000), pp. 115-135.

²⁶ Jordi CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*. Madrid, Alianza, 2000, pp. 254-255.

sintetizador del pensamiento tradicionalista español".²⁷ Su liderazgo, con el apoyo sistemático de su amigo y aliado Víctor Pradera, hicieron posible que el carlismo convertido en jaimismo evitara la desaparición y transitara hacia su consolidación como movimiento de masas.²⁸ Ahora bien, la irrupción del conflicto internacional haría que los conflictos volvieran a emerger con fatales consecuencias para la unidad carlista. Cabe empezar con un breve semblante de la figura de Vázquez de Mella realizado en una biografía intelectual publicada en Buenos Aires en 1966:

*"Nació en Cangas de Onís, Asturias, en 1861. Estudió su Derecho en la universidad de Santiago, y comenzó su carrera parlamentaria junto a Cánovas, Castelar, Salmerón, Pidal y Silvela, en 1893 cuando fue elegido diputado por Aoiz. En otras oportunidades representó a Estella y a Pamplona hasta el año 1916. En este año su partido se escindió como consecuencia de las preferencias germanófilas expresadas por Mella. En 1919 fundó un periódico que tuvo corta duración. Murió en Madrid diez años después, el 26 de febrero de 1928, cuando ya se anunciaba en el horizonte político de la dividida España, la batalla en la que habían de encontrarse, con todas las fuerzas disponibles, las armas de la tradición y las armas de la revolución"*²⁹

Coherente con el ideario carlista en el que se educó y que trató de sistematizar tras la oleada de crisis finiseculares ya referidas, Mella encontró el origen de todos los males de la sociedad española e internacional en el liberalismo. En el centenario de su nacimiento, en un libro homenaje, José María Valiente supo resumir con claridad la visión de Mella: "El liberalismo, más que una interpretación de la libertad, vino a ser una interpretación desafortunada del derecho de propiedad individual. Y como el que paga manda, el siglo XIX ha sido el Siglo de Oro de los que tenían con qué pagar, hasta que la avaricia rompió el saco de la riqueza y del poder, para mal de todos"³⁰

Para el pensamiento reaccionario en general, y para el tradicionalismo de origen carlista en particular, el establecimiento y perpetuación del régimen liberal durante el siglo XIX eran la causa de los desvaríos y sufrimientos contemporáneos. Para empezar porque la revolución se había asentado en la remoción de las bases materiales del orden heredado y el desvalijamiento de la fuente de equilibrio social asentada sobre la propiedad de la tierra por parte de las grandes corporaciones eclesiásticas y municipales del Antiguo Régimen. Con sus propias palabras: "La desamortización consistió en cambiar la forma de la propiedad corporativa en propiedad individual; la corporativa era de todos o de los más; la individual de pocos. Fue una obra en beneficio de unos pocos y en perjuicio de muchos".³¹

²⁷ Manuel MARTORELL PÉREZ, *La continuidad ideológica del carlismo tras la guerra civil*. Tesis Doctoral inédita dirigida por Alicia Alted Vigil. Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2009, p. 9. Disponible en e-spacio.uned.es/fez/eserv/tesisuned:GeoHis-Mmartorell/Documento.doc

²⁸ Sobre Pradera puede verse Andere DELGADO CENDAGORTAGALARZA, "Víctor Pradera: mártir de España y de la causa católica" en Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO y Miguel Ángel del ARCO BLANCO, *Soldados de Dios y mártires de la patria. Las derechas españolas en el Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, pp. 66-94.

²⁹ Rubén CALDERÓN BOUCHET, *Tradición, revolución y restauración en el pensamiento político de Don Juan Vázquez de Mella*. Buenos Aires, Editorial Nuevo Orden, 1966, p. 19.

³⁰ José María VALIENTE, "En el centenario de Vázquez de Mella", *Revista de Estudios Políticos*, 120 (1961), pp. 55-78.

³¹ *Obras completas del Excelentísimo Señor Juan Vázquez de Mella y Fanjul*. Vol. XXVIII, *El pensamiento de Mella*. Selección y prólogo de Pedro Sáinz Rodríguez, Madrid, Junta del Homenaje a Mella, 1942, p.294

Y ese egoísmo de los privilegiados del nuevo sistema había llevado a los pueblos a la guerra mundial tras haber arrollado, travestido de progreso y civilización, el dique de la religión cuyos desastres contenía:

"Es claro que, reducido el principio liberal, esencia y fórmula y compendio de todos los programas ateos que en la hora presente luchan contra la Iglesia su quintaesencia es estas: que cristianismo, y en general, religión y civilización son dos cosas antitéticas y opuestas; porque si secularizar, es decir, des cristianizar, si arrojar lo sobrenatural de todas las esferas de la vida, es un progreso y una civilización, y en nombre del progreso de y de la civilización se realiza, claro es que lo contrario, es decir, que el espíritu cristiano y sobrenatural penetre en todas las esferas de la vida, será lo reaccionario".³²

Pese a la escasa originalidad de este tipo de interpretaciones, los prologuistas de las obras completas de Vázquez de Mella a menudo aluden al carácter profético de sus escritos y discursos. Difícil resulta discrepar con ellos, si se tiene en cuenta que predijo la inmediatez de una guerra civil o el establecimiento de una segunda dictadura en España pocos años antes de su muerte en 1928. Ahora bien, como se verá más adelante, una nueva guerra a Vázquez de Mella no sólo no le desagradaba, sino que la esperaba anhelante ya que pensaba que la toma del poder a cargo de un dictador decidido y honrado pondría fin a gran parte de los males de la patria.

Para comprender mejor la concepción mellista de la conflagración europea que comenzó en el verano de 1914 convendría partir de sus reflexiones sobre la última guerra exterior en la que había participado España, la guerra de Cuba de 1898 contra los insurgentes y los Estados Unidos. En sus ideas sobre esa guerra se encuentran las premisas básicas de su concepción del orden internacional en que se encontraban España y Europa: el de la hegemonía y la expansión de las potencias anglosajonas. Juan Vázquez de Mella pensaba que, tras el "Desastre" de 1898, España debía reaccionar con "virilidad y energía", como sugería en el título de uno de sus artículos sobre la cuestión "Nada de llanto y un poco de valor". En el texto, publicado el 3 noviembre de 1898 en el *Correo Español*, Mella daba rienda suelta a su anglofobia al tiempo que censuraba severamente al gobierno de los Estados Unidos. Ante la inminencia de los tratados de paz de París del año siguiente y presagiando las duras consecuencias territoriales y económicas de la derrota, Vázquez de Mella bramaba: "¡Desvalijadores de los débiles! ¡Salteadores de un pueblo! ¡Tiranos groseros que pisotean la víctima después de haberla robado! ¡Esto es inaudito, inverosímil, horrendo! ¡Que lo sepan los pueblos de nuestra raza! ¡Que Europa entera contemple esta Sierra Morena del derecho internacional!"

En esta tesitura la patria herida debía recuperar su orgullo imperial y Mella urgía a los españoles a que "en medio de esta bajeza, levantemos la cabeza, y que vea el mundo entero que no ha muerto Don Quijote". Su plan, no obstante, resultó a la postre tan ingenuo como rocambolésco. Mella defendía que el gobierno de Sagasta debía "excitar a todos los pueblos de nuestra raza del Continente americano, aprovechando el movimiento de odio iniciado contra la absorción sajona, apoyándose en Méjico singularmente". Ese curso de acción hubiera demostrado que los líderes del país sabían "obrar como españoles", pero el gobierno bien sabía que la guerra para entonces ya estaba perdida. Consciente también de ello, señalaba Mella con sorna que el gabinete liberal estaba formado por un grupo de hombres "prudentes y prácticos" que demostraban no estar a la altura de las circunstancias. Y

³² *Obras completas del Excelentísimo Señor Juan Vázquez de Mella y Fanjul*. Vol. IV, *Ideario III*, Madrid, Junta del Homenaje a Mella, 1932, p. 269.

cerraba el texto aludiendo a otros momentos de prueba del supuesto pasado nacional: "Si hubieran aconsejado a Cortés, habría muerto en Extremadura olvidado de los hombres; y si dan reglas de prudencia a los héroes del Dos de Mayo, ya no existiríamos como nación".³³ Este modo de razonar comparte características con el nacionalismo militarista que se extendería por los cuarteles y los salones de España tras 1898, sobre todo por el norte de África.³⁴

Vázquez de Mella desde tiempo atrás, como tantos otros observadores nacionales e internacionales, temía que se produjera una guerra en el Viejo Continente provocada por las luchas coloniales.³⁵ En un artículo publicado en *El Pensamiento Español* el 26 de agosto en 1889 titulado "La Guerra Europea", Mella vaticinaba: "Las fuerzas colosales de Francia y Rusia, al chocar con los formidables ejércitos de Alemania, Austria e Italia, producirán sobre el suelo de Europa, batallas y catástrofes de tal magnitud que, para recordar algo semejante, será preciso remontarse muchos siglos atrás en el curso de la Historia"

El entonces periodista se escoraba hacia las potencias centrales por motivos de afinidad ideológica y desprecio por los valores democráticos y liberales representadas por la III república.³⁶ Francia se vería de nuevo puesta a prueba por "la Providencia como solemne expiación de sus grandes crímenes y desórdenes revolucionarios". Su destrucción adquiriría, sin embargo, caracteres escatológicos y aleccionadores para todas las naciones modernas que habían perdido el recto rumbo de la historia debido a la influencia de ideas de tolerancia y libertad de cultos, y al mal gobierno de sus líderes políticos. Vázquez de Mella mostraba sus deseos de que la futura guerra haría que "despierten del letargo de la impiedad y los haga volver al hogar olvidado del catolicismo, al que deben todas sus maravillas y grandezas". El artículo a su vez lanzaba una severa reprobación de las celebraciones del primer centenario de la Revolución de 1789 organizadas por el gobierno francés. Mella, en plena sintonía con las condenas previas y posteriores a cargo de reaccionarios, carlistas y tradicionalistas de todo jaez, anhelaba tanto como temía que "lo que comenzó con sangre y ruinas, debe terminar con ruinas y sangre", porque "así la lección será bien aprendida". Su cruda interpretación cíclica del devenir histórico pareció verse confirmada en 1919, aunque no con el resultado apetecido. Ya que nunca se vio a ningún "guerrero germano [contemplando] desde lo alto de la torre Eiffel las últimas llamaradas del incendio extinguiéndose sobre el montón de pavesas a que [quedaría] reducida la Babilonia moderna o, con más exactitud, la Universidad de los siete pecados capitales". De hecho, hasta hoy tampoco ha llegado el día en que en Francia se diera "la reconciliación con la Iglesia y la Monarquía", que Mella esperaba que sucediese "el día después de la catástrofe" y que precedería al "comienzo de nuevas grandezas que [eclipsaran] sus desventuras".³⁷

³³ *Obras completas del Excelentísimo Señor Juan Vázquez de Mella y Fanjul*. Vol. XXIII, *Temas internacionales*, Madrid, Junta del Homenaje a Mella, 1934, pp. 89, 90, 91 y 97.

³⁴ Alejandro QUIROGA, *Making Spaniards. Primo de Rivera and the nationalization of the masses, 1923-1930*. Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 15-19.

³⁵ Una visión de conjunto en Emilio GENTILE, *L'apocalisse della Modernità. La Grande guerra per l'uomo nuovo*. Milán, Mondadori, 2008, pp. 89, 90, 93. 95 y 97.

³⁶ Juan Ramón DE ANDRÉS MARTÍN, "La germanofilia de Vázquez de Mella hasta la visita de Poincaré en 1913", en Rosa M. PARDO SANZ y Javier TUSELL, *La política exterior de España en siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 3-16.

³⁷ *Obras completas del Excelentísimo Señor Juan Vázquez de Mella y Fanjul*. Vol. XXIII, *Temas internacionales*, Madrid, Junta del Homenaje a Mella, 1934, pp.99, 104 y 106.

Ahora bien, la recuperación francesa que vaticinaba Mella entraba en colisión directa con los intereses de España, tal y como los definió en 1915.

El 31 de mayo de ese año Juan Vázquez de Mella estuvo en el Teatro de la Zarzuela de Madrid para ofrecer uno de los discursos que mayor fama le proporcionaron en la posteridad. En una intervención bastante prolongada, el orador presentó al público allí congregado su *Ideal de España: los tres dogmas nacionales*. Inició su discurso prometiendo que sus palabras serían sencillas puesto que "nunca como en la hora presente es necesario exponer a la Patria con más claridad el pensamiento". Antes de abordar la política exterior, Mella dedicó la primera parte de su ponencia a tratar de los problemas políticos que afectaban a España poniendo especial énfasis en ridiculizar las demandas secularizadoras de los partidos progresistas españoles y en concreto: "el matrimonio civil, la secularización de los cementerios, la libertad de cultos y la escuela neutra". Para Mella esas medidas carecían completamente de sentido en un país donde el que "fuera de algún cura renegado o alguna institutriz extranjera, los españoles que no son católicos no profesan religión alguna". También abordó la extendida creencia de que todos los partidos de derechas debían aliarse. En ese sentido afirmó que los tradicionalistas "además de cristianos, [eran] ciudadanos"³⁸ y que en el programa del partido se establecían objetivos que no podían sacrificarse para facilitar una unión impuesta por los conservadores de Francisco Silvela o por los de Antonio Maura.

El núcleo de su discurso se dedicó a describir los ejes fundamentales que debían guiar la acción exterior de los gobiernos españoles: la recuperación de lo que denominó "la soberanía sobre el Estrecho" y la consecuente recuperación de Gibraltar de manos de Gran Bretaña; la formación de una Unión Ibérica con Portugal; y la creación de una confederación con las antiguas colonias americanas que se hermanarían en unos "Estados Unidos de América del Sur". Y animaba a sus correligionarios a actuar sin complejos:

*"Propugnemos este ideal, defendámoslo todos, hablemos también nosotros de una España Irredenta, y si se dice que somos imperialistas, no importa: los españoles del siglo XVI también lo eran, bajo el manto y el cetro de Carlos V, y se cubrieron de gloria en todos los campos de batalla. Sí, seamos imperialistas del Imperio Español; pidamos que esos tres objetivos se cumplan; y cuando dominemos en el Estrecho, cuando hayamos impuesto una sola política internacional, con una dirección en toda la Península, ¡ah!, entonces es hora de completar el programa"*³⁹

Justo un mes antes, en abril de 1915 Antonio Maura había otro célebre discurso en el Teatro Real de Madrid donde además de denunciar la corrupción política que asolaba el país y la apremiante necesidad de la unidad de las derechas, también hizo mención de la guerra europea. Vázquez de Mella, entrevistado días después por el diario *El Mundo*, comentando el discurso de Maura, hizo gala de su aliadófobia y se refirió a la necesidad de defender los intereses españoles en África puesto que el país vecino se había extendido "por Túnez, Argel y Marruecos, para dominar el norte africano". Y mientras

³⁸ Juan VÁZQUEZ DE MELLA, *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915, pp. 1 y 10-11.

³⁹ *Ibidem*, p. 74.

tanto, en su opinión, "Inglaterra nos [humillaba] en Gibraltar y no consiente nuestra soberanía en el Estrecho".⁴⁰

El discurso del Teatro de la Zarzuela de Mella animó notoriamente el debate político español y sus opiniones le valieron tanto adhesiones como condenas. Como ejemplo de estas últimas convendría aquí recuperar el contenido de un libro publicado meses después por el escritor y ensayista bilbaíno Francisco Utrilla Calvo. No sin cierto sarcasmo, Utrilla denunciaba la incoherencia de Mella con respecto a las alianzas internacionales que debía forjar España para cuestionar las raíces de su germanofilia. Así, el ensayista aludía a una enmienda parlamentaria del asturiano presentada en 1896 en el que Mella había pedido que España se uniera a la alianza franco-rusa para garantizar la permanencia de su dominio sobre la isla de Cuba frente a la amenaza estadounidense.⁴¹ Este autor se mostraba muy crítico con las ideas megalómanas e imperialistas de Mella y dedicó un capítulo de su obra a deslegitimar sus *Tres ideales*. Con referencia al dominio británico sobre el Estrecho, le recordaba con sorna a Mella que "los españoles actuales [eran] unos desdichados herederos de una testamentaria averiadísima, la de los Felipes y Borbones de los tiempos ideales de los que se perdió el Estrecho". Por otra parte, Utrilla condenaba el hecho de que Mella quisiera recuperar Gibraltar para lograr "herir en el corazón de Inglaterra" y arrebatarle las llaves de los mares. Ante semejantes intenciones, el vasco concluía: "los mares son de todos los hombres, y mejor están sus llaves en las manos de Inglaterra si le guarda cual le guarda, que en las nuestras si solo habíamos de poseerlas para tiranizar o dominar al mundo cual parece quererlo señor Vázquez de Mella". A esta razón añadía otra más simple, democrática y directa: "preguntadles a los gibraltareños si preferirían ser súbditos de España y os contestarán que no".⁴²

En cuanto a la unión con Portugal, Utrilla recordaba a Mella que los vecinos ibéricos no solo no deseaban esa unificación, sino que su desconfianza hacia España era profunda e histórica. De hecho, el autor afirmaba que los portugueses se referían a la unidad de coronas iniciada, mediante acuerdos matrimoniales, entre Castilla y Portugal de 1580 a 1640 como a los "*Sesenta Años de Esclavitud*". La actitud de recelo de gran parte de los portugueses, además de los recuerdos más o menos compartidos, procedía de su propio orgullo patrio y del amor a sus instituciones republicanas, garantes del sistema democrático establecido en 1910. Por ello, Utrilla afirmaba "ese pueblo legendario y fieramente independiente, ama por igual sus libertades y derechos constitucionales y jamás consentiría en unirse a una España legitimista como la que quiere el señor Vázquez de Mella".⁴³

La idea de la federación hispano-americana era motejada directamente como "un delirio" y apuntaba que "desde el turbulento Méjico hasta cualquier habitante de la Tierra de Fuego contestaría, en lo que atañe a la formación de unos Estados Unidos Españoles de la América del Sur, con una carcajada". Para fundar una versión hispánica de la *Commonwealth* creía Utrilla que "se [necesitaba] el patriotismo, el amor y el respeto al Derecho, el poder inmenso y la riqueza inextinguible de Inglaterra"; elementos que claramente no se encontraban a disposición de España.

⁴⁰ *Obras completas del Excelentísimo Señor Juan Vázquez de Mella y Fanjul*. Vol. XXIII, *Temas internacionales*, Madrid, Junta del Homenaje a Mella, 1934, p. 249.

⁴¹ Francisco UTRILLA CALVO, *Comentarios a los tres ideales del señor Vázquez de Mella*. Prometeo, Valencia, 1916, p. 179.

⁴² *Ibidem.*, pp. 44, 50 y 99.

⁴³ *Id.*, pp. 34 y 61, mayúsculas y cursiva en el original.

En suma, desde el extremo opuesto del espectro político, Utrilla publicó diversos libros y folletos en su prolífica carrera sobre cuestiones internacionales, y se mostró francamente alidófilo. La Gran Guerra había sido claramente provocada por la "enfermedad de militarismo" que aquejaba a Prusia, corazón y motor de Alemania. Utrilla, aplicando una interpretación de la política basada en la biología darwinista, afirmaba que Prusia había sido dominada consecutivamente por Polonia, Suecia y Dinamarca, y a las tres había logrado derrotar. La actitud agresiva de Alemania se debía a su necesidad de "cumplir la especie de ley de persecución y conquista o exterminio de los vecinos, quedaban a Prusia, aparte del grupo de Estados secundarios, Rusia y Francia, y Prusia optó por sojuzgar a Francia, antes que a Rusia". Junto a estos motivos también se apuntaban la trayectoria histórica de agresiones perpetrada por Prusia desde los tiempos del Gran Elector de Brandeburgo Federico Guillermo I, allá por 1640, y la hegemonía de teorías sociales que ensalzaban el dominio de la fuerza. La guerra había sido también el resultado de que "Alemania no teme a ningún poder humano y menos a la guerra que por la supeditación a Prusia es su primera industria". En resumen, para el escritor vasco la culpabilidad alemana estaba fuera de toda duda y se explicaba por una peligrosísima combinación de factores, entre los que destacaba:

"El militarismo, si acertamos a expresarnos, es el predominio del elemento militar en el Estado con tendencia dominadora dentro y agresiva fuera de él; y juntamente, el ardor guerrero de una raza, con iguales tendencias de dominio y agresión, y a quien son indiferentes las libertades políticas; y sintiendo, por el contrario, amor fervoroso por el principio de autoridad encarnado en el Imperialismo".⁴⁴

Años después Vázquez de Mella tendría oportunidad de restituir su prestigio personal ejerciendo cierto liderazgo político aunque para entonces, tras la derrota de las potencias centrales, fuera ya tarde para su soñada alianza hispano-germana para restaurar el imperio español.

4. LAS PASIONES NO DISCUTEN, DISPUTAN

La sentencia que abre este epígrafe la pronunció Mella al ser entrevistado por la *Gaceta del Norte* sobre las premisas que vertebraban su visión de la Gran Guerra el 26 de marzo de 1917. En su opinión la guerra desde España debía de ser considerada en relación con sus tres principales dimensiones fundamentales. A saber: la sentimental, la intelectual y la histórica.

Al evaluar los motivos por los que gran parte de la opinión pública nacional se había inclinado a apoyar la causa de las potencias aliadas en la Guerra de 1914, el tradicionalista afirmaba que los caprichosos afectos de los españoles estaban guiados por la falsa impresión de que Francia representaba el progreso social, cultural y material. Y, por lo tanto, toda reforma y plan de acción pasaban necesariamente por acercarse al modelo francés, que tomaban como "la síntesis de Europa y del mundo". Los motivos de dicho fenómeno los encontraba el entrevistado en "la soberanía de su ingenio, la transparencia de su lengua y, sobre todo, por ser [Francia la nación] con la que ciertas clases han tenido más contacto". La asimilación, sin embargo, era no sólo errónea sino también incompleta. De Francia, "no [se había copiado] la intuición del francés, ni su espíritu de laboriosa economía" sino "la frivolidad y la ligereza que también [la] distingue". Con ello los españoles iban perdiendo su "gravedad reflexiva", para disgusto del tradicionalista asturiano. Sin embargo, Mella pensaba que era "fácil

⁴⁴ Id., pp. 123, 136, 142 y 146. Cursiva en el original.

demostrar que la influencia germánica [hubiera sido] para nosotros más beneficiosa que la francesa, porque la gravedad de su carácter podría contribuir a restaurar los atributos espirituales que [se iban] perdiendo".⁴⁵

Para Mella, ese acercamiento equivocado a la realidad francesa y europea afectaba principalmente a las izquierdas españolas. Y así lo expresaba al abordar la segunda dimensión de la guerra, la llamada intelectual o intelectualista. Desde esta segunda perspectiva se apreciaba aún más cuán impregnadas estaban las izquierdas patrias de lo que el asturiano denominaba "jacobinismo". La concepción ideológica del conflicto estaba atravesada por lo que consideraba una falsa doctrina política que hacía que los progresistas españoles actuaran como "teólogos invertidos y al revés". Su visión de la contienda europea se articulaba en torno a la noción de que "el Centro católico alemán es el eje del imperio; el Kaiser, el defensor de las bases esenciales del antiguo régimen". Por lo tanto, según esta supuesta línea de razonamiento aliadófila, "el triunfo de Alemania sería el triunfo de la reacción y prepararía el de la Iglesia". Para el pensamiento tradicionalista, por tanto, la centralidad del catolicismo en la organización de la esfera pública internacional seguía siendo innegable y la lucha contra él constituía el pilar primigenio del progresismo. Por otra parte, ese dualismo mellista identificaba el desprecio por lo alemán con el amor por la Francia "radical y jacobina", que formaba "el tronco y savia del que se nutren las izquierdas".⁴⁶ Ahora bien, esta visión binaria dejaba de lado un agente esencial en la guerra como lo era Gran Bretaña. De su papel y de su importancia para la visión desde España, se ocupó Vázquez de Mella al desarrollar la tercera dimensión de su diagnóstico, la geo-histórica.

En efecto, el análisis de la guerra que asolaba el continente europeo resultaría incompleto si tan sólo se tenían en cuenta sus vertientes psicológica y racional. Resultaba indispensable traer a colación también los factores geográficos e históricos que explicaban sus causas y determinaban su desarrollo. Para Mella "los pueblos que olvidan [la geografía y la historia] son olvidados por ellas y mueren por un suicidio precedido por la imbecilidad".⁴⁷

Las motivaciones étnicas y geográficas ayudan a explicar la emergencia a principios del siglo XX de fenómenos tales como "pangermanismo, paneslavismo, irredentismo italiano, irredentismo francés, [...] y panbritanismo". En este punto, el asturiano paraba mientes en el nefasto papel que había jugado Inglaterra en el desarrollo histórico de la nación española que, por su parte, tenía la suerte de ocupar la mayor parte "uno de los territorios mejor demarcados" del planeta. Sin embargo, su unidad política no coronaba ese privilegiado azar geográfico. El discurso anglófilo de Mella se expresaba con preguntas sobre la acción inglesa sobre territorios que habían sido controlados por la Monarquía Hispánica o en los que aun entonces se concentraban intereses españoles: "¿Quién separó a Portugal y mantiene la separación? Inglaterra. ¿Quién nos arrancó Gibraltar y mantiene el despojo? Inglaterra. ¿Quién nos impide fortificar Sierra Carbonera, Punta Carnero, Sierra García y los Adalides? Inglaterra. ¿Quién nos impide fortificar Marruecos? Inglaterra." Dicha actitud se derivaba del deseo inglés de proteger su hegemonía en el control de los mares, que pasaba necesariamente por el control del Mediterráneo. Y para ello necesitaba dominar el Estrecho y "dominar y dividir y sojuzgar a España".⁴⁸

⁴⁵ VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas*, Vol. XXIII, pp. 195, 196 y 197.

⁴⁶ *Ibidem.*, pp. 198 y 199.

⁴⁷ *Ib.*, p. 200.

⁴⁸ *Ib.*, pp. 201 y 202.

Al asturiano le parecía evidente que España había gozado de su mayor esplendor histórico durante el periodo en que estuvo aliada a Alemania. Partiendo de premisas presentistas y nacionalistas, el imperio alemán de principios del siglo XX era sin duda el directo y natural sucesor del Sacro Imperio Romano Germánico. La alianza con la Monarquía católica e imperial de España encabezada por los Habsburgo se había sellado por la necesidad alemana de un aliado en el Mediterráneo durante el siglo XVI. Alemania, por entonces, "era una potencia continental, y no exclusivamente marítima, como Inglaterra". Pues bien, la guerra iniciada en 1914 brindaba una oportunidad de oro para reeditar dicha alianza. Mella afirmaba tajante que le "consta[ba] que la opinión germánica, concentrada en el Kaiser y en las clases directoras del imperio, es la de restaurar la unidad peninsular y comunicar fuerzas a España para que se desarrolle y levante, a fin de que ejerza el papel que le corresponde en el Mediterráneo y en América".⁴⁹ Dado el resultado final de la guerra, estos supuestos planes nunca pudieron llegar a verificarse. Además, Mella al lanzar esas ideas ocultó sus fuentes y resulta difícil pensar que sus juicios se fundaran en algo más sólido que en sus propios deseos.

Para Vázquez de Mella la línea partera fundamental entre los contendientes no era la que dividía a Francia y a Alemania "como en el [18]70"; sino la que separaba a Alemania y a Inglaterra. El papel de Francia era tan secundario que "podría hacer la paz con Alemania, que la guerra continuaría con la Gran Bretaña". Los efectos para España de dicho estado de cosas eran evidentes en un momento de política absoluta en que había que tomar partido, como describiera hace ya casi tres décadas Alessandro Pizzorno en un celebrado trabajo.⁵⁰

Dadas las circunstancias, se daba la imposibilidad de que los compatriotas de Mella pudieran apoyar a Inglaterra contra Alemania: "un español anglófilo, es decir, partidario de la victoria del pueblo que nos ha dividido y mutilado, y nos tiene sometidos, será, por la fuerza de la lógica, aunque quiera sentir otra cosa, hispanófobo".⁵¹

Mella pensaba correctamente en marzo de 1917 que la guerra aún estaba lejos de acabar. Sin embargo, sus propios afectos caprichosos le nublaban la visión y, preguntado sobre quién creía que ganaría la guerra, se aventuraba a decir que "sino surg[ían] complicaciones desconocidas, sucesos extraños y no sujetos a cálculo racional, yo creo que será Alemania". Entre las razones que aportaba en su diagnóstico destacaba que los alemanes tenían "el genio de la previsión y de la organización" y que "su unidad es el mayor prodigio de la arquitectura social que se ha levantado en la Edad Moderna". Esa unión no había resultado fácil, sino que se había logrado bajo el liderazgo prusiano pese a enfrentarse a la oposición de todas las potencias europeas. Asimismo, tampoco se trataba de una unión artificial, sino que era el mayor ejemplo de las "grandes unidades de la Historia, con un alma colectiva que las informa y con la sangre de las batallas que la consagra".⁵²

Paradójicamente, Mella dejó claro que su postura y la de su partido eran claramente favorables a la no intervención en la guerra, en línea con la postura oficial católica y gubernamental. Por ello, en

⁴⁹ *Ib.*, pp. 202 y 203.

⁵⁰ "Politics Unbound" en Charles MAIER (ed.) *Changing Boundaries of the Political Essays on the Evolving Balance between the State and Society, Public and Private in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 27-62.

⁵¹ VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas*, Vol. XIII, pp. 201 y 202.

⁵² *Ibidem*, p. 211.

cuanto a la posibilidad, aireada por diversos periódicos en la primavera de 1917, de que España abandonara su neutralidad, Juan Vázquez de Mella se mostraba igualmente rotundo: "sería un caso de demencia, y el Gobierno [...] merecería, como el menor de los castigos, ingresar en una casa de orates". El apoyo otorgado al Gobierno por parte de los tradicionalistas para mantener la neutralidad "por amor a la Patria".⁵³

Un periodista de la *Gaceta del Norte*, Darío de la Puente, tuvo ocasión de entrevistar a Mella un mes después para el mismo periódico. La entrevista volvió a centrarse en torno a la cuestión de la neutralidad española y el Vázquez de Mella aprovechó la ocasión para aportar nuevos datos a su visión del conflicto que asolaba Europa. En su opinión, la guerra suponía "el epílogo de una edad y el prólogo de otra". Los manejos de los agentes internacionales y la generalización del contrabando habían llevado a España a tener que afrontar el dilema entre "la intervención o la revolución, o a las dos cosas, sucesiva y simultáneamente". De hecho, a partir de esos meses la situación económica y social comenzó a deteriorarse de manera alarmante y se dio inicio al llamado "Trienio Bolchevique".⁵⁴

Ahora bien, para Mella, la declarada neutralidad española nunca fue efectiva. Sus sospechas se basaban, por un lado, en el diverso trato dado a los dos bandos contendientes en términos comerciales y, por otros, a las altas cantidades de "productos agrícolas, mercantiles o militares españoles" que habían salido ilegalmente de la península con destino a las naciones aliadas. De hecho, "el río de contrabando no [había] cesado de correr desde que empezó la guerra". El tráfico ilegal era muy lesivo para los intereses españoles ya que "en caso de inclinar la balanza [de la neutralidad], lo natural sería hacerlo del lado de los que nos favorecen y no de los que nos perjudican". Inglaterra lideraba el segundo grupo de países ya que impedía a los fabricantes españoles "el comercio con los estados neutrales". Pero la perfidia de Albión iba mucho más allá desde el momento en que entablaba "negociaciones para exigir la venta y alquiler de toda nuestra flota mercante" y accedía a la exportación de 150.000 toneladas de carbón a cambio de que España le remitiera otros minerales y frutas en sus propios barcos "sin que pueda garantizar su llegada ni su salida". Con todo, lo que a Mella le resultaba más indignante era el hecho de que el gobierno de Su Majestad Británica "hace presión a los [demás] Gobiernos para que salgamos de la neutralidad". Frente a semejante actitud, el prócer asturiano destacaba la contrastante y generosa actitud supuestamente observada por Alemania respecto a España desde el principio de la guerra. Para empezar, le ofrecía a España "todo el carbón que necesitemos, sin fijar ni cantidad ni condiciones". En cuanto a la producción y el comercio de cítricos, Alemania concedía "salvoconducto para que mandemos nuestra naranja a Inglaterra y [prometía] establecer fábricas de conservas para consumir la que no se [exportaba]". Por último, en cuanto a las relaciones internacionales, Alemania "no nos [exigía] favores ni auxilios de ninguna especie; sólo nos [exigía] que [fuéramos] neutrales".⁵⁵

⁵³ Id., p. 213.

⁵⁴ Jacques MAURICE, "A propósito del trienio bolchevique", en José Luis GARCÍA DELGADO (coord.) *La crisis de la Restauración, España, entre la primera Guerra Mundial y la Segunda República: II Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 337-350.; Francisco J. ROMERO SALVADÓ, *The foundations of the Spanish Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916-1923*, Londres, Routledge, 2008; y Francisco J. ROMERO SALVADÓ y Angel SMITH (eds.) *La agonía del liberalismo español. De la revolución a la dictadura*. Granada, Comares, 2014.

⁵⁵ VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas*, Vol. XIII, pp. 218, 219, 220 y 223.

Ahora bien, según Mella le dijo a de la Puente, existían motivos sobrados para esperar que la supuesta neutralidad española estaba a punto de llegar a su fin. Se daban factores de tipo económico, político y patriótico que precipitarían la entrada española en la guerra apoyando al bando aliado. Mella, en primer lugar, aludía a la crisis socioeconómica en ciernes provocada por la guerra. La primera razón era que a los productores españoles les resultaba muy difícil exportar minerales así como productos agrícolas y manufacturas. Un segundo motivo era que la importación de carbón, "pan de la industria", resultaba imposible debido al bloqueo británico y a las inconmensurables necesidades energéticas inglesas. No obstante, Inglaterra necesitaba la pirita de cobre y el hierro españoles para sostener sus industrias armamentísticas y, de hecho, Mella albergaba esperanzas de que la situación pudiera mejorar y que los ingleses abastecieran a España de carbón por su propio bien. Algo más pesimista se mostraba en cuanto a los efectos diabólicos de los dudosos negocios de los agiotistas y especuladores que llevaban las riendas de las industrias agrarias. Mella denunciaba en la entrevista el desfase existente entre las necesidades alimentarias españolas y el incremento exponencial de la exportación ilegal de alimentos como el arroz, las patatas o las judías desde el inicio de la contienda. Así, los españoles tenían que recurrir a la importación de productos básicos que redundaban en el insoportable encarecimiento del coste de la vida. Rozando el simplismo y siempre inspirado por su febril patriotismo, al ser preguntado sobre las posibles soluciones a los retos planteados por el deterioro de la situación, Mella exigía la "prohibición de exportar todos los productos agrícolas que se pueden considerar de primera necesidad para la alimentación"; la "prohibición a todo barco español de atravesar la zona peligrosa"; y "dedicar todos los barcos de navegación de altura al comercio con América, exportando productos industriales y trayendo carbón y productos agrícolas a nuestros puertos". Por lo tanto, la temida crisis económica tenía remedio y era "absolutamente falso que la situación económica sirva de motivo racional para empujarnos a la intervención".⁵⁶

En cuanto a los motivos políticos que ponían en peligro la neutralidad española, Vázquez de Mella partía de un claro axioma: "todo pueblo tiene el derecho esencial de permanecer neutral en una contienda que no le afecta directamente; porque él es el juez de sus intereses y, si no lo fuera, ni sería soberano ni formaría Estado". Sin embargo, países como Inglaterra ejercían presión para que España abandonara su neutralidad. Los motivos de dicha actitud podían ser varios. El primero, "impedir que aquel pueblo neutral llegue al final de la lucha con sus fuerzas intactas" y que llegará a subir "en la escala de las potencias". El segundo se refería a la posibilidad de utilizar los recursos del país inicialmente neutral como pago de las reparaciones de guerra en caso de derrota y así "ofrecer al vencedor bienes ajenos por deudas propias". Y, por último, la incorporación de nuevos contendientes podía servir fines tan mezquinos como estratégicamente valiosos. La entrada de España en guerra podría servir para "suplir las fuerzas que flaquean y se rinden con otras, aunque sean pequeñas y se las conozca en la clase de razas inferiores; con lo cual no sólo se aleja o se disminuye la derrota, sino que se aumenta la catástrofe y se suprime al que, de otra manera, podría llegar a ser fuerte y rival futuro".⁵⁷

Pese a los grandes riesgos que implicaba la intervención, Mella temía que se activaran los mecanismos previstos por el Gobierno de Eduardo Dato para iniciarla y hundir a España aún más en la miseria por espurios motivos políticos. Así se los describió a Darío de la Puente:

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 230, 231 y 232.

⁵⁷ *Id.*, pp. 233 y 234.

"Primero, presentar el malestar económico como resultado del bloqueo; segundo, las zonas peligrosas como un atentado; tercero, un torpedeamiento o varios, considerados como un ultraje a la dignidad nacional; cuarto, una nota demasiado enérgica, que moleste a quien la recibe y le obligue a romper relaciones".⁵⁸

Ahora bien, la entrada en la guerra por parte de España aún podía evitarse. O bien mediante la resistencia de la ciudadanía con una "reacción violenta"; o bien porque "los sucesos que se van a realizar en el teatro de la guerra tomen la delantera a los proyectos que se elaboran en la sombra".

En la búsqueda de culpables de la guerra, Mella mostró durante décadas su inquebrantable apego a la escuela tradicionalista y reprodujo los lugares comunes del pensamiento reaccionario apropiándose de sus ancestrales enemigos. Junto al liberalismo y el parlamentarismo, que según él habían sido erróneamente adoptados para representar a los individuos y así suplantar la representación orgánica de origen feudal de clases y corporaciones⁵⁹, los principales responsables de la devastación y autoinmolación de Europa no eran otros que los judíos y la masonería. Ya en 1892, a unos meses de conseguir el acta de diputado por primera vez, publicó un duro artículo en que denunciaba los supuestos estrechos vínculos existentes entre la masonería y el liberalismo. A su modo de ver, de hecho, "eran la misma cosa". De tal modo que su "doctrina es la misma, siendo la masonería un liberalismo secreto y el liberalismo una masonería pública". Según el artículo publicado el 19 de mayo en *El Correo Español*, órgano oficial del partido carlista, su eficacia se estaba poniendo a prueba muy cerca de España. Pocos años atrás, indicaba el autor, se había publicado en Francia un texto que, con el título de *El Templo Rojo*, en alusión a la sede del Gran Oriente, detallaba los siniestros planes de tiranía y destrucción que albergaba dicha sociedad secreta para Francia. El apócrifo texto aludía al objetivo compartido por masones y liberales de hacer una "guerra sin cuartel" a la Iglesia y "preparar a la opinión pública para su separación del estado". Aunque el proyecto se llevaría a cabo sólo en 1905, Jacqueline Lalouette trazó hace años su genealogía y las declaradas intenciones de los sectores demócratas y republicanos de poner coto al poder del clero en el estado y en la sociedad francesa.⁶⁰

Al mismo tiempo, sus correligionarios españoles vieron con sospecha la llegada en tromba de monjas, curas y frailes franceses que atravesaron los Pirineos en busca de refugio en España, donde la generosa interpretación de la constitución de 1876 permitía la proliferación de órdenes y la acogida del clero desafecto tras la entrada en vigor de la ley francesa. Tal y como explica Enrique Sanabria, matizando las visiones ofrecidas anteriormente por Joan Conelly Ullman y José Álvarez Junco, el desdén que provocó aquella "invasión" entre algunos sectores del movimiento obrero organizado y de las clases medias republicanas tenía orígenes tanto ideológicos como económicos. En efecto, la exención de impuestos con la que se privilegiaba la producción eclesiástica de manufacturas, dulces y todo tipo de bienes de consumo se entendía como competencia desleal. Eso explicaría, según Sanabria, que durante la Semana Trágica barcelonesa de 1909 se dieran ataques a los talleres y edificios de las

⁵⁸ Id., p. 239.

⁵⁹ Gónzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, "El organicismo krausista", *Revista de Estudios Políticos*, 22 (1981), pp. 99-184, esp. 168-171.

⁶⁰ Jacqueline LALOUTTE, "La Séparation avant la Séparation. Projets et propositions de loi (1866-1891)", *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 2005, vol. 3 (nº 87), pp. 41-55.

órdenes religiosas y no tantas agresiones físicas como en anteriores oleadas de violencia anticlerical.⁶¹ Al mismo tiempo, esa mala acogida reflejaba las opiniones políticas imperantes en esos mismos círculos que, con José Nákens a la cabeza, también realizaban las más duras condenas al carlismo y al integrismo.⁶² No en vano, ese clero emigrado francés acabaría teniendo un papel en la reproducción de la propaganda aliadófila durante la guerra, como apuntó Jean-Marc Delaunay.⁶³

La separación del Estado de la Iglesia suponía para Mella el peor de los ultrajes imaginables. Desde el punto de vista de un tradicionalista, formado en el seno de una familia carlista y convertido en un renovador del movimiento tras la derrota por las armas en 1876, la ley de 1905 suponía "clavar a mansalva el puñal del sectario en el pecho de la *Esposa de Cristo*". Ese era el plan de "la república masónica y judaica que preside Carnot, uno de los gobiernos más anticristianos y perseguidores de la iglesia que recuerda la Historia". Pero, citando a Eduard Drumont, Vázquez de Mella efectuaba un curioso giro argumental para sumar al enemigo musulmán al compendio de males que se denunciaba. Según Drumont, el periodista director del panfleto *La Libre Parole*, fundador en Francia de la antisemítica Liga de Francia en 1889, el enemigo había mutado con la consolidación en Occidente del liberalismo, y por tanto, "o la francmasonería se [había] hecho judaica o el judaísmo se [había] hecho francmasón". Y Mella añadía que además de judaica era "sarracena, musulmana y hasta berberisca". De tal modo que, con la adición de la otra gran figura de hostil que representaban los musulmanes, Vázquez de Mella podía concluir su artículo presagiando una guerra a última sangre que reeditaría la llamada Reconquista peninsular: "Los términos y símbolos vuelven a ser los anteriores: la Cruz y la Media Luna; moros y cristianos".⁶⁴ Al lector medio del *Correo* este tipo de figuras y de lenguaje posiblemente le resultasen tan familiares como desasosegantes. Pese a que el conflicto armado que dio comienzo en el verano de 1914 en Sarajevo poco tuvo que ver con la religión musulmana, Vázquez de Mella adaptó su interpretación para no modificar lo sustancial: los masones judaizantes fueron sus principales promotores.

En un artículo posterior retomaría la cuestión y la pondría en conexión con la revolución rusa de 1917 en las páginas de su nuevo periódico, *El Pensamiento Español*, el 27 de diciembre de 1919. Sentando un claro precedente para los ideólogos totalitarios de la derecha occidental, en "La dominación revolucionaria judeomasónica", Vázquez de Mella culpó a masones y judíos de la revolución bolchevique. La masonería entonces fue descrita como una "sucursal judaica que tomó gran parte en la guerra europea, en su desarrollo y término". El judaísmo que la había inspirado, por su parte, una suerte de "mesianismo" donde el "Mesías colectivo ere el propio pueblo judío" con el plan de dominar el mundo y hacer de los cristianos "esclavos e instrumento suyo". El programa se estaba poniendo en práctica mediante dos vías, la intelectual y la económica. En primer lugar, "las ideas revolucionarias han

⁶¹ Enrique SANABRIA, *Anticlericalism and Republican*

Nationalism in Modern Spain. Palgrave, 2009, pp. 162-163. Véanse también Joan Connelly ULLMAN, *The Tragic Week: A Study of Anticlericalism in Spain, 1875-1912*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968; y José ÁLVAREZ JUNCO, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, Alianza, 1990.

⁶² Manuel PÉREZ LEDESMA, [José Nakens \(1841-1926\): pasión anticlerical y activismo republicano](#) en Isabel BURDIEL BUENO y Manuel PÉREZ LEDESMA (coord.), [Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX](#), Madrid, Espasa, 2000, pp. 301-330

⁶³ DELAUNAY, *ib.*, p. 355.

⁶⁴ VÁZQUEZ DE MELLA, *Obras completas*, Vol. XXIII, pp. 223, 225 y 230.

nacido y se han desarrollado en la sinagoga y al través de la logia". Junto esa dominación intelectual, y en paralelo a ella, "creció la económica por medio de la Banca, que dirigieron los Roschild (sic.), y que todavía tienes sus principales resortes en manos judaicas". El último eslabón en esa cadena había sido la revolución soviética: "El movimiento bolcheviquista tiene origen, impulso y dirección judaica. Lenin y Troski judíos son, como lo era Rosa de Luxemburgo y su compañero en Alemania, y los principales agentes revolucionarios en Austria y en Hungría".⁶⁵ El antisemitismo, su profundo desprecio por la democracia liberal y sus alabanzas a la salida autoritaria de la crisis de posguerra lo convierten en un claro adalid de los principios que se impusieron en España entre 1939 y 1975.

5. REFLEXIONES FINALES

Las tensiones generadas por la germanofilia de Vázquez de Mella en el seno del movimiento legitimista llevaron a la ruptura del pretendiente don Jaime, de declaradas querencias anglófilas, con el ideólogo asturiano. El cisma mellista ocupó las páginas de periódicos como ABC, que se hicieron eco del intercambio de cartas y manifiestos entre los sectores y los líderes enfrentados.⁶⁶ El golpe de estado de septiembre de 1923 y la dictadura encabezada por Miguel Primo de Rivera concederían una nueva oportunidad a la extrema derecha legitimista de poner en práctica sus planes de nacionalización, armonización regional, re-catolización de la población y expansión exterior. Sin embargo, los objetivos no llegaron a lograrse dada la rara facultad del dictador para enfrentarse consecutivamente con todos los sectores que le ofrecieron su apoyo inicial, incluidos los tradicionalistas. La Europa de entreguerras, como señaló en su día Alejandro Quiroga, fue tierra de promisión de sistemas autoritarios de distinto signo y España no fue una excepción.⁶⁷

Desde el punto de vista católico, los tiempos también resultaban muy difíciles. El *New York Times* el 22 de enero de 1922 en la semblanza que dedicó al papa Benedicto XV tras su fallecimiento, afirmó "ningún otro Papa ha encarado una tarea tan ingrata y difícil, una carga tan desastrosa, una presión tan violenta debida a las luchas entre opiniones, intereses y naciones hostiles luchando por su supervivencia como [lo hizo] Benedicto XV en sus primeros cuatro años de Pontificado".⁶⁸ Las pasiones políticas desencadenadas en España también pusieron contra las cuerdas a los católicos moderados o abiertos al diálogo con la modernidad. Las armas, sin embargo, ya estaban cargadas antes de agosto de 1914. Los diferentes sectores de la opinión pública vieron en la contienda un área privilegiada para continuar sus respectivas luchas. La carnicería que se extendió por el continente fue un verdadero campo de pruebas para testar la validez de sus principios y la eficacia de sus tácticas. La "España eterna" frente a la "Otra España", en palabras de Mella, se retaron entonces en un conflicto que mostró las graves deficiencias del régimen de 1876 y que desató las fuerzas que llevarían a la postre al establecimiento de su primera dictadura del siglo XX. Por otra parte, una lectura pausada de los artículos y las entrevistas de Juan Vázquez de Mella permite detectar la estrategia del tradicionalismo basada en emparentar a los enemigos tradicionales con los rivales emergentes, así como en buscar

⁶⁵ *Obras completas del excelentísimo señor don Juan Vázquez de Mella*, Vol. XIII, *Política General*, Madrid, Junta de homenaje a Mella, pp. 249, 250, 251 y 252.

⁶⁶ "La disolución del jaimismo", ABC, 10-2-1919, También puede verse el estudio de Juan Ramón DE ANDRÉS MARTÍN *El cisma mellista: historia de una ambición política*, San Sebastián de los Reyes, ACTAS, 2000.

⁶⁷ QUIROGA, *Making Spaniards*, p. VIII.

⁶⁸ "Benedict XVI", *New York Times*, 22-I-1922.

culpables de los males de España tanto en el interior como en el exterior. Actuando así, achacando la precaria situación material a la que se enfrentaban las bases populares del tradicionalismo carlista a los efectos de las actividades conspiratorias de supuestos círculos judeo-masónicos internacionales, se estaban poniendo las bases discursivas de la extrema derecha y el fascismo español en las décadas siguientes.